

EL "SHOCK" DEL FUTURO, por Alvin Toffler. Plaza y Janés, S. A., Editores. Barcelona, 1971.

por
**Mauro
Barrenechea**

LA EDUCACION

- ★ ENTRAMOS EN LA ERA SUPERINDUSTRIAL, DE CAMBIOS RAPIDOS Y EXCESIVA ESCOGENCIA.
- ★ MILLONES DE PERSONAS NO PREPARADAS SUFREN UN TRAUMA ANTE INSOPORTABLES DEMANDAS.
- ★ HAY QUE DEMOCRATIZAR LA ESCOGENCIA DEL FUTURO DESEABLE, PARA HUMANIZARLO.

I. - Panorama del futuro en general

Numerosos escritores de los últimos decenios predecían el advenimiento de lo "standard", de la uniformidad impuesta en viviendas prefabricadas, artículos producidos en masa, modas homogeneizantes... Ibamos a perder la posibilidad de elegir. Pero el futuro en que estamos entrando resulta ser todo lo contrario: el consumidor se ve agobiado con tantas variantes de un mismo artículo que le resulta angustioso el elegir. El ama de casa se enfrenta con una docena o más de marcas de jabón para lavar la ropa, muchas de ellas anunciadas como "la mejor" por radio y TV. El hombre de negocios que va a comprar un carro, aun llevando en mente el precio que desea pagar, sufre también antes de decidirse por un modelo entre tantos disponibles. En ornato y mueblería para oficinas "hay diez veces más estilos y coloridos nuevos que hace una década", afirma el presidente de una compañía manufacturera. ¿Qué ocurrió con la amenaza de "standardización"?

Alvin Toffler (1) atribuye a la primitiva tecnología de la sociedad industrial la tendencia a imponer la producción masiva de tipo "standard". En cambio, ahora esta sociedad superindustrial que nos está invadiendo introduce una tarjeta perforada en la máquina controladora y automáticamente todas las demás máquinas pasan a producir sucesivamente diversas variantes de productos a un costo casi igual que si todos fueran del tipo "standard".

Al multiplicarse la diversidad de artículos de consumo, se aumenta también la probabilidad de diferentes modos de vida humana. En vez de abocarnos a una homogeneidad cultural, actualmente vamos hacia una fragmentación y diversidad no sólo en la producción material, sino también en arte, educación y cultura de masas. Un buen indicador de ello es la publicación de libros: a mayor uni-

formidad, menor número de títulos por cada millón de libros publicados en un país. Pero, según un estudio de la UNESCO, entre 1952 y 1962 el índice de diversidad (mayor proporción de libros diferentes) aumentó en 21 de las 29 naciones más importantes, destacándose Canadá, EE.UU. y Suecia con un 50%, o más, de aumento. En cambio, los ocho países en que hubo menos diversidad eran de tecnología menos avanzada.

* * *

Estamos envueltos en un torbellino de cambios acelerados; pero la gran mayoría de estas mutaciones pasan inadvertidas porque nos resulta más cómodo el continuar con la estructura mental enfocada hacia el pasado. En cambio, Toffler —a nuestro juicio— desarrolla en este libro tres movimientos principales:

1) Mira alrededor y DESCRIBE lo que él y otros ven: una nueva era vertiginosa, con características opuestas a las de aquella en que unos aún viven y otros creen seguir viviendo.

2) Consulta numerosos expertos y DIAGNOSTICA: el someter a la gente a demasiados cambios en muy poco tiempo produce un aturdimiento anonadador y una tensión enloquecedora, que denomina trauma, "shock", síndrome... Lo que el autor trata de mostrar es que estamos pasando a ser víctimas inconscientes de una nueva enfermedad, propia de esta era que está sobreviniéndonos.

3) Recoge diversas soluciones propuestas y PRESCRIBE (aun reconociendo que no hay medicina mágica para esta enfermedad): a) algunos paliativos para el individuo presionado por tantos cambios, y b) drásticos remedios para la sociedad, nuevas formas de regular las innovaciones tecnológicas, una estrategia para controlar el alud de cambios y un sistema educativo encarado al futuro.

Veamos algunos detalles de estos tres movimientos en que hemos dividido la obra:

DESCRIPCION

Todas las antiguas raíces en que se afincaba nuestra vida —religión, nación, comunidad, familia y profesión— están siendo sacudidas por el huracán de alteraciones aceleradas, muchas de las cuales pasan con increíble fugacidad.

Uno se relaciona en su vida con: personas, cosas, lugares, organizaciones y conocimientos (noticias, datos, ideas, etcétera). Para muchos, aun ahora, estas cinco relaciones perduran casi inalteradas durante toda su vida. Pero cada día va aumentando el número de personas en quienes estas relaciones duran muy poco tiempo, al cambiar de empleo, trasladarse a otra ciudad, trabar nuevas amistades, abandonar sus creencias religiosas o adoptar otra ideología. Es muy corriente entre profesionales el cambiar de localidad, o de domicilio dentro de la misma localidad, cada cuatro o cinco años. En la guía telefónica de la ciudad de Washington de 1969, más de la mitad de las 885.000 inscripciones eran diferentes de las del año anterior.

Cuanto a organizaciones, Toffler observa el derrumbe de la burocracia y de la jerarquía, así como de la lealtad a la empresa. La "profesión" va tomando un nuevo significado, y hacia ella —así como hacia los colegas— se va orientando la lealtad del profesional moderno. Hoy día grandes proyectos transitorios (una nueva nave espacial, un extraordinario programa de educación o de bienestar social) reúne un equipo de especialistas de diversas profesiones: un grupo "ad hoc", es decir, para este proyecto solamente, que durará dos o tres años. Estos equipos no se someten a la burocracia y logran independizarse cada vez más de la alta jerarquía, para constituir lo que Toffler denomina la nueva "ad-hocracia", compuesta por hombres del futuro, adaptados a la fugacidad transitoria, confiados en sí mismos y que aceptan el trabajar en un proyecto sólo si éste les interesa profesionalmente y si les ayuda a realizarse más plenamente en su profesión.

El autor describe brillantemente una enorme variedad de novedades que van

(1) Este artículo está basado en el original inglés publicado por Bantam Books Inc., New York, 1971. Por tanto, nuestras expresiones no coinciden necesariamente con la traducción española publicada por Plaza y Janés.

PARA EL MAÑANA

- ★ NECESITAMOS PROGRAMAS EDUCATIVOS RACIONALMENTE ENFRENTADOS AL FUTURO.
- ★ UN SISTEMA QUE VAYA REAJUSTANDOSE A LAS CAMBIANTES NECESIDADES DE HOY.
- ★ FACILITAR QUE LOS ESTUDIANTES CONCRETEN Y REVISEN SUS ESCALAS DE VALORES.

apareciendo estos últimos años, y que podrán parecer increíbles a quienes no estén familiarizados con la vida moderna en las ciudades y universidades estadounidenses y europeas; además, recorre con desenvoltura los campos de la Psicología, Biología, Sociología y otras ciencias, transmitiendo al lector la información en forma sencilla, clara y sumamente interesante.

DIAGNOSTICO

Cuando una persona ha pasado por numerosos e importantes cambios recientemente —aunque los cambios fueran placenteros— es muy probable que se enferme en los próximos meses. Y la enfermedad será probablemente tanto más grave —incluso mortal— cuanto más impresionantes hayan sido los cambios y mayores las demandas de adaptación a nuevas situaciones. Esto se ha comprobado científicamente en varios países. El fallecimiento de la esposa o esposo es uno de los impactos más fuertes en la vida normal. Un ascenso en el empleo, un viaje de turismo, la boda de una hija, un traslado de domicilio..., son cambios que exigen esfuerzos de adaptación que fatigan los sistemas endocrino (secretiones glandulares internas) y nervioso, y debilitan las defensas del organismo. Como consecuencia de tal sobre-estimulación se produce el "shock" del futuro. Sus síntomas —que varían según la personalidad del paciente, el estadio evolutivo y la intensidad del mal— se extienden desde la ansiedad y hostilidad hasta un autoritarismo entremetido, violencia sin sentido, enfermedad física, depresión

y apatía; se procura "encerrarse en su mundillo", aislándose de los demás, intelectual y emocionalmente; se siente continuamente asediado y procura desesperadamente reducir el número de decisiones por tomar.

Cuanto al nivel social, numerosos grupos se adhieren a lo irracional, al fatalismo de la astrología, a las drogas alucinógenas, a buscar la verdad en las sensaciones táctiles, en el sexo y en un extremado subjetivismo; son grupos que ya renunciaron a enfrentarse racionalmente a la situación cambiante que nos rodea.

PRESCRIPCION

Cuando la NASA envía hombres al espacio, procura cuidadosamente crear en la cápsula un ambiente en que la temperatura, la presión, el oxígeno, humedad, en suma, todos los detalles, se mantengan dentro de los límites tolerables por la naturaleza humana. Por el contrario, enormes multitudes en los países más tecnificados están siendo precipitados sin preparación en un medio vital intolerable. Y los habitantes de los países no tan tecnificados van siguiendo —por lo menos en las grandes ciudades— el mismo camino.

La solución no está en regresar al "primitivismo natural": aquella situación precientífica en que los niños languidecen y mueren por falta de la más elemental atención médica; la malnutrición embota las facultades mentales, y la vida, en frase del filósofo Hobbes, es "pobre, sucia, brutal y corta". Más bien, Toffler prevé que en la próxima década

se creará un sistema de ejercer control social sobre la aplicación de los descubrimientos tecnológicos. La responsabilidad de este control sería compartida —a juicio del autor— por agencias estatales, grandes compañías y los laboratorios de investigación.

Los tecnócratas elaboran planes para el futuro, así en países capitalistas como socialistas. Poco importa que en aquéllos el progreso redunde en beneficio de la empresa privada, mientras en éstos, teóricamente, en el bien público. En ambos casos, a pesar de la planificación, la tecnología se arremolina en torbellinos fuera de control. No es que se planifique poco, sino que se planifica mal. En primer lugar, la planificación es mala porque sigue inspirada en los valores de la agonizante época industrial: la maximización del bienestar económico, enfocado en el presente y en el futuro inmediato. No tienen en cuenta que a medida que entramos en la era superindustrial van surgiendo otros valores que igualan y aun superan a la abundancia económica: la realización de la persona humana, el desarrollo del sentido estético, la participación en la responsabilidad social, un mayor disfrute de la vida individual y otras metas...

Como forma concreta de ejercer control sobre la tecnocracia, Toffler ofrece tres proposiciones: la humanización de los planificadores, el abrir nuestras mentes a futuros más distantes —no sólo los probables, sino también cuantos sean razonablemente posibles— y democratización en la escogencia del futuro deseable; es decir, que las decisiones acerca de las metas por alcanzar no estén en manos de unas élites burocráticas o empresariales —que ya no son "eficientes"—, sino en los grupos subculturales que constituyen la sociedad pluralista. Que no sean ni políticos, ni técnicos, ni grupos de presión, ni élites revolucionarias, sino la gente, el pueblo mismo, quien responda a la pregunta que nunca se le ha formulado: "¿Qué clase de mundo quiere usted para vivir dentro de diez, veinte, treinta años?" Para ello hay que iniciar un plebiscito continuado que vaya redefiniendo las metas a medida que se desarrollan los acontecimientos.

II.-Panorama de la educación en particular

Todo esto está demandando un nuevo efoque en la educación, apropiado a la nueva era superindustrial. Cada sociedad mantiene determinadas actitudes respecto al pasado, presente y futuro, y de esas actitudes depende la formación de la juventud.

En la sociedad tradicional, lo más razonable era preparar al muchacho para la vida enseñándole los mismos conoci-

mientos prácticos y habilidades del pasado, dado que eso mismo era lo que iba a necesitar en el futuro.

La sociedad industrial necesitaba otro tipo de hombre, apto para el trabajo en masa y, sobre todo, con un nuevo sentido del tiempo. Genialmente estableció un sistema educativo que estructuralmente se asemejaba al mundo industrial: el reunir masas de estudiantes (materia

prima) para ser procesados por maestros (productores) en una escuela situada céntricamente (factoría), bajo una jerarquía administrativa (burocracia industrial), acudiendo cada uno, al toque del timbre, al pupitre que le fuera asignado. Evidentemente, una perfecta introducción a la regimentada sociedad industrial. Pero hay una tremenda falla respecto al devenir temporal: al niño se

le habla del pasado de su país y del mundo, Grecia, Roma, la Edad Media, guerras, fechas históricas, héroes legendarios... En un momento dado puede que se introduzca el tema "asuntos de actualidad", y aun tal vez se le pida que traiga algunos recortes de periódico con datos significativos, y que atienda a las noticias en televisión. Y ahí termina la noción del tiempo. La mente del estudiante queda así enfocada hacia atrás.

Sin embargo, siempre hay la posibilidad de proyectarnos hacia adelante, así como estamos proyectados hacia atrás. Es necesario comenzar a crear en el público un sentido de lo futuro, no sólo cuanto a las características tecnológicas, sino principalmente respecto a las implicaciones personales y sociales del porvenir.

EDUCACION HACIA EL FUTURO

El autor recomienda que se establezcan Consejos del Futuro, cuyas metas sean descentralizar la educación, dispersarla, interpenetrar la escuela con la comunidad, promover la administración "ad-hocrática" y romper el rígido sistema de horarios y asignación a puestos y grupos fijos.

Cuanto al currículo de estudios, en vez de dar por supuesto que cada asignatura está siendo enseñada por alguna razón justificada, los Consejos del Futuro deberán comenzar por lo contrario: nada se incluirá en el plan de estudios a no ser que esté firmemente justificado con miras al futuro. Si esto nos llevara a tener que descartar una gran parte de las asignaturas actuales, no importa: descártense sin contemplaciones. Esto no significa una actitud "anticultural", ni una total ruptura con el pasado. Lo que no debe continuar es el que millones de niños y jóvenes sean forzados por la ley a malgastar preciosas horas de su vida estudiando materias de muy dudosa utilidad para el futuro (ni aun para el presente hay quien defienda que tengan mucha utilidad). Por ejemplo, ¿hay alguna utilidad en que todos los jóvenes estudien Álgebra? ¿No se beneficiarían más estudiando las leyes de la probabilidad, o Lógica, o Programación de computadoras, Filosofía, Estética, medios de comunicación social?

IRRACIONALIDAD, INERCIA, INTERESES...

A todo el que piense que el actual programa de Educación es razonable se le invita a que explique a un inteligente muchacho de catorce años por qué el Álgebra, o el Francés, o cualquier otra asignatura, es esencial para la vida del muchacho. Las respuestas de los adultos son casi siempre evasivas. La razón, simplemente, es que el actual programa de estudios es un residuo irracional del pasado.

El currículo actual —prosigue Toffler— no está fundado en ningún estu-

dio serio de las necesidades del hombre contemporáneo; mucho menos en alguna previsión del futuro, de esas habilidades que Juanito necesitará para vivir en un huracán de cambios acelerados. Más bien está fundado en la inercia... y en una lucha sangüinaria entre los grupos de presión constituidos por profesores de opuestas especialidades, en que cada grupo se inclina a incrementar el presupuesto, la paga y la categoría de los suyos. [Toffler describe lo que ocurre en las asignaturas de Primaria y Secundaria en EE.UU. como requisito para que sean aceptados en las universidades. ¿Convendría, tal vez, hacer una revisión de los programas educacionales de Venezuela y observar si lo que se opone es la inercia burocrática o si más bien actúan grupos de presión constituidos por profesores de ciertas asignaturas, tratando de conformar los nuevos programas a sus intereses grupales, acaso contra lo más conveniente para el alumno y el futuro del país?]

Hasta ahora, los intentos de revisión de los programas de Física o Gramática no han pasado de pequeños detalles, cuando más. Aun reconociendo que puede ser importante el preservar ciertos aspectos del programa actual, la modernización exige mucho más que eso: es necesario adoptar un sistema de entrarle al problema en su totalidad. Pero se ha de tener muy en cuenta que no se trata de establecer un moderno plan de una vez para siempre. Por el contrario, se deben elaborar combinaciones de nuevos currículos, juntamente con procedimientos para ir evaluándolos y renovándolos periódicamente, sin necesidad de una sangrienta lucha interna cada vez.

UNIFORMIDAD-DIVERSIDAD

Se ha de buscar también un modo de alterar el equilibrio entre "uniformidad" (standardización) y "diversidad". Ciertamente, una diversificación excesiva aumentaría la dificultad de comunicación que hoy existe (por ejemplo, entre grupos de diferentes profesiones y subculturas). Sin embargo, los peligros de fragmentación no se resuelven manteniendo entre los estudiantes un sistema de educación fuertemente homogéneo, mientras el resto de la sociedad se desplaza rápidamente hacia el pluralismo.

Una forma de resolver este conflicto —diversidad vs. uniformidad— es el establecer una distinción educativa entre "datos" (o instrucción especializada) y "habilidades" (principalmente la intercomunicación e integración social). Los alumnos deberían tener la posibilidad de experimentar una gran variedad de cursos breves, tal vez de dos o tres semanas, antes de comprometerse a cursos largos. Cada escuela debiera proporcionar numerosos cursos opcionales, todos ellos basados en razonables conje-

turas acerca de las necesidades en el futuro. Pudiera parecer que esta diversificación constituyera un problema, ya que incrementaría los tres factores antes mencionados como peligrosos: la excesiva elegibilidad, la fugacidad de cambios y las demandas mayores de adaptabilidad. Pero aquí viene la justificación: esos tres factores peligrosos, añadiéndoles algunos cambios más, pueden ser sometidos a control humano: domesticados —por decirlo así—, de modo que fortalezcan a la humanidad en vez de enfermarla con el "shock". Mas para obtener estos beneficiosos resultados es necesario que la diversificación esté fundada en comunicación humana e integración social participadas por todos (aquí entraría en juego la uniformidad).

NUEVAS NECESIDADES

Cuando los jóvenes se quejan de que "la gente no puede comunicarse" no sólo se refieren a la barrera generacional, sino también a las dificultades existentes entre la misma juventud. "Las únicas personas que puedo recordar —escribe un afamado poeta-guitarrista, cantor muy popular entre los jóvenes— son las nuevas amistades de los últimos cuatro días." Dada la multiplicidad y fugacidad de contactos, se comprende la insatisfactoria superficialidad en el trato entre los mismos jóvenes, y el que busquen remedio en la dinámica de grupos y otros experimentos comunales, táctiles, sexuales, no-verbales... Se puede dudar de la efectividad de estas técnicas respecto a su capacidad para disolver la natural suspicacia y reserva, o para sustituir las vivencias de una larga y probada amistad. Pero mientras no disminuyan la multiplicidad y fugacidad en los contactos interpersonales, la educación sólo tiene dos alternativas: o entrenar a la gente para aceptar la soledad y desconfianza en una vida sin amistades profundas, o encontrar nuevas formas de acelerar la formación de amistades, bien sea agrupando a los estudiantes en forma más apropiada o por medio de nuevos modos de equipos de acción.

Toffler añade también la necesidad de que la educación ejercite a los alumnos en aprender muchísimo más, desaprender los datos obsoletos y reaprender las últimas innovaciones, encajándolas en su estructura mental, la cual frecuentemente tendrá que ser reorganizada sin derrumbarse totalmente al reemplazar diversas "piezas".

ESCOGENCIA Y ESCALA DE VALORES

Por otra parte, tenemos que el superindustrialismo continuará multiplicando la cantidad de decisiones —cada vez más difíciles— que cada persona ha de tomar continuamente. Por tanto, es evidente que la educación tiene que capa-

citar mejor al individuo para escoger resueltamente entre una creciente variedad de alternativas. Uno escoge normalmente la alternativa más compatible con su escala de valores. Pero a medida que la escogencia versa sobre asuntos más graves, la persona que carezca de firmes convicciones sobre su escala de valores va sintiendo como una parálisis progresiva. El problema está en que cuanto más importante se vuelve esta cuestión de los valores, tanto más la esquivan nuestras instituciones educativas. Como consecuencia, no es de extrañar que millones de jóvenes vayan hacia el futuro en zig-zag, como cohetes espaciales desprovistos de dirección.

Como reacción contra la educación clerical, que imponía por la indoctrinación o el temor la escala de valores tradicionales, se consideró como una cualidad progresiva el "enseñar los hechos y dejar que el estudiante decida por sí mismo". Los educadores se engañaron a

sí mismos, persuadiéndose de que a ellos no les tocaba nada referente a juicios de valor. Peor aún, rara vez se anima a los estudiantes a que analicen sus propias escalas de valores, y las de sus profesores y compañeros de clase. Millones pasan por las aulas sin haber sido inducidos a buscar y reconocer las contradicciones existentes en sus sistemas de valoración, ni a examinar profundamente las metas que buscan en su vida, ni a tratar estos temas sincera y abiertamente con sus iguales y con adultos. Ni de propósito podría haberse encontrado un medio más efectivo para producir personas inseguras acerca de lo que quieren hacer de sus vidas; gente incapaz de decisiones efectivas bajo la presión de excesivas escogencias.

Los educadores de esta nueva era superindustrial no deben tratar de imponer a sus estudiantes un rígido sistema de valores; pero sí tienen que organizar sistemáticamente diversas actividades

—formales unas, sin formalismos otras— que contribuyan a que el estudiante defina, aclare y someta a prueba sus propios valores, cualesquiera que sean.

El programa educacional del futuro debe incluir no sólo una extrema variedad de cursos instructivos, sino también una importante formación referente a la conducta en relación con el futuro. Hay que encontrar formas de comunicar al alumnado ambas características simultáneamente, transmitiendo cada una de ellas en tales circunstancias o ambientes que produzca la otra, reforzándose ambas mutuamente.

Toffler termina diciendo que el libro habrá cumplido su propósito si hasta cierto punto contribuye a que la gente caiga en la cuenta de que necesita tomar control de los cambios y canalizarlos; de esta forma no sólo nos libraremos del trauma futuro, sino también podremos alcanzar y humanizar los distantes mañanas.

III.-Opinión sobre el libro

De las tres partes en que hemos distribuido el libro para facilitar la comprensión del mismo, opinamos que la más impresionante es la "descripción". Toffler asegura que empleó cinco años en visitar numerosas universidades, centros de investigación, laboratorios y agencias gubernamentales, además de leer innumerables artículos y ensayos y entrevistarse con centenares de especialistas en diversos aspectos del cambio y de la adaptación al futuro. Es evidente que su esfuerzo ha producido magníficos frutos, como lo atestiguan los abundantes y bien seleccionados datos, brillantemente expuestos en un fascinante estilo periodístico. Además, aun los críticos más exigentes encontrarán valioso el bagaje de 482 notas —al final del libro— y la lista bibliográfica de 359 obras, la mayoría de ellas bastante recientes.

Lo que hemos tomado como segunda parte, la "diagnosís", es, a juicio de Toffler, lo más valioso de su obra, junto con lo referente a la educación. No participamos de tal opinión cuanto al diagnóstico, aunque sí cuanto a la educación. Reconocemos que gran parte de los síntomas mencionados se van notando en proporción creciente entre los habitantes de ciudades estadounidenses. Incluso extranjeros que estudian o trabajan allí por varios años llegan a contagiarse en mayor o menor grado. Pero el tono médico-psiquiátrico con que "descubre" la nueva enfermedad parece un recurso sensacionalista que no debe tomarse muy en serio.

Cuanto a la "prescripción", encontramos ciertos detalles en los remedios

que nos parecen un tanto utópicos, y a veces hasta ingenuos, particularmente el esperar que el control del futuro vaya a pasar a manos del pueblo en un país como Estados Unidos, en que los grupos de poder económico tienen tanta influencia en el Gobierno y en la orientación presente y futura del país. De los nueve organismos que el autor denomina "centros futuristas", tres están situados en Latinoamérica, uno de ellos en Caracas (debe de referirse al de la Universidad Católica Andrés Bello) y solamente dos en países comunistas: uno en Moscú y otro en Praga. Es natural que tales centros, de costosa financiación, sean utilizados para orientar el futuro hacia los intereses de los financiadores: en países comunistas, hacia el mayor afianzamiento del dominio ejercido por el Partido; y en los países de empresa privada, hacia la maximización de beneficios para la misma. Sería necesaria una nueva sociedad, constituida de abajo hacia arriba, y parece ser que sólo entonces el control del futuro podría estar en manos del pueblo. Por tanto, en las circunstancias actuales estadounidenses y en las previsibles para el futuro, este remedio propuesto por Toffler podría clasificarse entre la lista de "utopías".

Compartimos con Toffler la valoración que da a sus apreciaciones y sugerencias respecto a la educación, tanto en la fuerte crítica de la situación actual como en la orientación que propone para el mañana (al menos en sus rasgos generales). Por ejemplo, si en Venezuela se tratara de modificar la Ley de Educación —aun sin hacernos ilusiones acerca de un total enfoque hacia el futuro—

nos parecería razonable la apertura que Toffler propone: que se elaboren combinaciones de nuevos currículos, juntamente con procedimientos para ir evaluándolos y renovándolos periódicamente, evitando la necesidad de una denodada lucha interna cada vez.

En lo referente a educación y en otros pasajes del libro aparecen un cálido humanismo, aprecio y respeto de la persona humana, junto con un constante sentido de lo social con respecto a la variedad de grupos minoritarios, todo lo cual le distingue de numerosos autores fríamente académicos y orientados hacia otros valores.

Alvin Toffler se autodenomina "sociólogo del futuro". En realidad, ha sido "editor-asociado" de la culta revista "Fortune", autor de dos libros y de numerosos artículos publicados en diversas revistas. Si Toffler hubiera escrito como sociólogo, este libro no habría llegado a ser uno de los más populares "best-sellers", ni estaría traducido a varias lenguas, ni lograría su propósito de llamar la atención a millones de personas acerca de la magnitud del problema que nos está sobreviniendo y de la necesidad de que la gente tome control de los cambios y los canalice para humanizar el futuro. En vista del conjunto de cualidades expuestas en la obra, preferimos calificar a Toffler como un excelente divulgador (aun añadiendo observaciones y sugerencias de su propia cosecha) de los múltiples materiales que se están acumulando para estructurar esa nueva ciencia que seguramente se denominará la Futurología.

★